



Seminario

Hacia el Fin del Milenio

(8 de abril - 1^o de julio 1992)

Tema General:

Las incertidumbres del pensamiento

Mesa

El reinado de la crisis:
el debate sobre la Historia

1

**Félix Luna
Horacio González
José Nun**

APERTURA DEL SEMINARIO A CARGO DEL DIRECTOR DEL IDEP Claudio Lozano

En nombre de la organización de los trabajadores del Estado quería darles la bienvenida. Quería, también, señalarles la especial alegría que supone para nosotros dar comienzo a este Seminario junto con todos Uds., alegría que se funda básicamente en nuestro deseo de modificar o correr, en algún sentido, ciertos lugares preclasificados que hoy nos impone la cultura, nuestra cultura. ¿Por qué digo esto? Porque es tradicional que un instituto vinculado con una práctica sindical se plantee discusiones sólo acerca de posiciones tomadas y, fundamentalmente, sobre cuestiones concretas y directamente relacionadas con la coyuntura que su actividad lleva adelante. Esta asignación de lugares define de entrada que organizaciones como la nuestra e institutos vinculados con organizaciones sindicales queden fuera de discusiones como las que intenta este seminario. De igual manera: una reflexión como la presente en esta convocatoria, en torno de los finales del milenio, de los 500 años del desembarco europeo, suele llevarse a cabo en debates de tipo académico.

Sin embargo, estamos convencidos de que sólo corriendo estos lugares supuestamente asignados—el lugar que debieran tener un instituto y una organización sindical y el asignado al debate académico—, sólo corriendo estos lugares, digo, podrá abrirse la posibilidad de reconstruir una perspectiva. Sólo quitando academicismo a determinados seminarios y ampliando a su vez el horizonte de problemáticas a discutir en realidades como las nuestras puede ser factible una reconstrucción en perspectiva.

Nuestra alegría descansa, entonces, en aque-

llo que estamos tratando de realizar en una convocatoria de esta naturaleza, cual es hacer realidad la sentencia de un poeta contemporáneo, Paul Celan: *"En las inconsistencias apoyarse"*. Yo creo que una frase como ésta revela, por lo menos para la perspectiva de nuestro instituto, el sentido de este Seminario.

Durante más de dos meses nuestra idea será tratar de poner nombre a nuestras dudas, señalar estas inconsistencias, intentando ordenar los interrogantes en la busca de algún lugar, cualquiera sea, pero seguramente nuevo, donde poder apoyarnos. Un lugar que probablemente no tenga nombre pero que, en nuestra opinión, debe aparecer más como desgarradura de lo conocido que como contrafigura, como grieta más que como oposición a lo que ya existe.

Estamos enfrentando una tarea como ésta de cara a la hegemonía político-cultural que plantea hoy el paradigma neoliberal, el cual concibe al sujeto, al ser humano, en tanto productor-consumidor. Este paradigma presenta una concepción del ser humano que pareciera ser la más empobrecida y empobrecedora reflexión de la que se tenga memoria filosófica, por lo menos desde la civilización griega a nuestros días.

El Seminario pretende embarcarnos en esta búsqueda de alternativas, como condición para astillar ese espejo donde se miran la política y la cultura hegemónica, las que suponen haber atrapado el futuro de la historia presente. En realidad tras el colapso teórico y político de los marxismos y del soporte ideológico de los movimientos de liberación de distintos países del

PRESENTACION DEL SEMINARIO A CARGO DEL COORDINADOR GENERAL Lucio Cerdá

Cuando comenzamos a pensar estos temas que, como todos los temas, comienzan a ser pensados en un ámbito muy pequeño, en un escritorio, por ejemplo, se me ocurrió imaginar que la mejor manera de pensar las realidades cotidianas sería trabajarlas a contraluz. Me pregunté, entonces, por qué no usar la excusa de que dentro de pocos años se figura la llegada del mítico año 2000 para hacer un ejercicio de contraluz. El final del segundo milenio nos puede obligar a pensar algunas cosas que el trajinar diario, el bombardeo unidireccional de los medios, una determinada hegemonía planetaria nos impide ver con más profundidad.

¿Por qué no hacer, entonces, como suelen hacer los cineastas, un trabajo de montaje sobre una cantidad de preguntas que, en un principio pueden aparecer inconexas?

Yo he escrito unas palabras en el programa que Uds. tienen e, intencionalmente, pretendí resumir lo irresumible. Es decir, hablar de Otton III, el emperador del primer milenio, y preguntarme, quizá de una manera osada, si existe alguna vinculación entre los finales del primer milenio y los del segundo. Intenté interrogarme y proponer la interrogación a todos Uds. y a los panelistas, acerca de ciertas estructuras de pensamiento que existían en el año 1000, tal como algunos historiadores nos lo señalan, y algunas estructuras de pensamiento que hoy podemos intentar develar.

Pongo un breve ejemplo. En el año 1025, dos importantes obispos franceses señalaron que el mundo tenía tres órdenes definidos: el orden de los que oraban, el orden de los que batallaban

o los veladores y un tercer orden que, como Uds. pueden imaginar, daba de comer a los dos anteriores, que incluía a los laboratores, es decir, los "laburantes". En el año 1610, un historiador, francés también, vuelve a retomar la idea y a afirmarla con más insistencia: el mundo tiene tres órdenes. Podríamos preguntarnos si esta estructura de los órdenes establecidos tiene algún recorrido reconocible hacia los finales del segundo milenio.

Al mismo tiempo, cuando discutíamos con Claudio Lozano la posibilidad de incluir o no un tema pensábamos si en el final del segundo milenio existen, tal como existían en el Siglo XI y el Siglo XII, demonios para conjurar. Sería bueno preguntarnos si esos demonios y quienes los conjuran no guardan alguna similitud con los de mil años atrás. Y por qué no, acercar la mirada naturalmente, hacer conjeturas, desarrollos y correspondencias entre las décadas que transcurren y aquellas anteriores.

El recorrido de este Seminario bien podría haber sido otro porque, como señalaba Claudio, esto no es otra cosa, no tiene otro intento que aguzar preguntas. Creo que podríamos sentirnos más que satisfechos si en lugar de llevarnos algunas certezas, nos lleváramos preguntas más o menos coherentes, más o menos inteligentes para seguir pensando. En todo caso, se me ocurre que no es otra la tarea del montaje en un mundo con portentosas mutaciones, en un mundo en que todavía no sabemos si, como algunos sostienen, Hegel tiene razón y la Historia termina, o si la razón era de Nietzsche y las cosas vuelven a repetirse. Creo que estas tensiones, estas

dos opciones o alguna otra que se nos ocurra pensar, y los acontecimientos que todos los días leemos en los diarios, aquellos que todos los días tenemos que investigar entre líneas en los diarios, obligan y hacen necesario que abramos la interrogación cuanto sea necesario.

De allí que, seguramente, cualquiera de Uds. podría señalar la excesiva cantidad en la heterogeneidad, la excesiva calidad en la heterogeneidad de los panelistas. Precisamente, la invitación a los panelistas ha sido guiada por la calidad y sobre todo, por la heterogeneidad de las miradas. No existe fenómeno cultural que pueda ser leído desde un solo sitio y mucho menos, entendido desde un solo sitio, so pena de caer en lo que son precisamente las hegemonías.

Bueno, creo que Uds. se han acercado sobre todo para escuchar a los panelistas, así que yo voy a cerrar indicando algunas cositas de orden práctico.

Debido a la cantidad de inscriptos, que honestamente no pensábamos tan grande, hemos decidido que una vez que los panelistas hayan concluido su exposición, efectuar por escrito

las preguntas a ellos dirigidas. Uds. han recibido el último papel con el nombre de los panelistas de todas las mesas. Los 20 pesos que han pagado no tienen otra finalidad que enviarles por correo la transcripción escrita de las ponencias. Así que sería bueno que todos dejaran su dirección. Finalmente, guarden sus credenciales porque esto va a permitir el ingreso, miércoles a miércoles, y el 1º de Julio, que es la última mesa, haremos la entrega de los certificados correspondientes. Finalmente, nos pareció convenir el horario a las 19 hs., con la intención de iniciar puntualmente a las 19:30 como para dejar tiempo para el debate final.

La mesa de hoy va a ser coordinada por el Sr. **Luis Fara**, director del Departamento de Cultura de ATE. Damos así comienzo.

Luis Fara: Buenas noches. Todos Uds. tienen su programa y saben que el tema que vamos a tratar esta noche, se inscribe dentro del primer gran tema general "Las incertidumbres en el pensamiento" y específicamente vamos a conversar acerca de "El reinado de la crisis: el debate sobre la Historia".

EXPOSICION DE José Nun*

El tema general de este encuentro es el de "Las incertidumbres del pensamiento" y, en particular, el de hoy, es "El reinado de la crisis: el debate sobre la Historia".

Lo primero que quiero señalar, entonces, es desde dónde voy a hacer las breves reflexiones que siguen. Porque, como muchos de ustedes saben, existen por lo menos tres modos de acercarse al dato histórico —y supongo que algo de esto deben haber tenido en cuenta los organizadores al plantear la cuestión del debate sobre la Historia.

El modo, digamos, "clásico" fue el modo del racionalismo, del Iluminismo, que pretendía contar la historia tal cual fue, hacer un relato de los acontecimientos tal cual ocurrieron. En el Siglo XIX, en Occidente, este modo de aproximación a la Historia fue, en general, sustituido por otro que era ya consciente de que el observador interpreta al mundo, que no trabaja con datos brutos. Pero este nuevo modo del Siglo XIX suponía que la interpretación podía hacerse a partir de determinadas claves que, a su vez, permitirían descifrar la Historia. Hace un momento se mencionó a Hegel y, ciertamente, Hegel fue el paradigma de este intento. Algunos de ustedes recordarán su famosa metáfora del búho de Minerva, el búho del saber que sólo levanta vuelo al final del día. Sucede que Hegel creía que la Historia terminaba en 1830. Y en

tonces, ahí, al final del día, se podía tratar de interpretar lo que vino antes pero usando ciertas claves que lo harían definitivamente inteligible.

Para ponerlo muy esquemáticamente, es desde los tiempos de la Primera Guerra Mundial que fue cobrando forma otra visión del modo de acercarse a la Historia, que es la que guiará los comentarios que voy a hacer. Esto es, un modo de aproximación a la Historia que no pretende contar las cosas tal como fueron y que tampoco intenta descifrarla gracias a alguna llave maestra, sino que en su esfuerzo de comprensión incluye siempre a quien cuenta la Historia, con sus problemas, con sus necesidades, con el horizonte que le es propio. De manera que la Historia se cuenta siempre distinto, y así va a seguir siendo. En otras palabras, la Historia resulta siempre una historia crítica y, en realidad, no hay final del día en que el búho de Minerva pueda levantar el vuelo. Para condensarlo en una frase: la Historia no tiene otra racionalidad que la que surge de la pluma de quien la escribe.

¿Esto para decir qué? Esto para decir que, hoy en día, es casi circular hablar de las incertidumbres de la Historia. Porque vivimos una época de la cultura occidental en que estamos dominados por las incertidumbres y, por lo tanto, es natural que las reencontremos cuando nos ocupamos de la Historia. Trataré de explicar brevemente a qué me refiero.

Para hacerlo, voy a anclar mi razonamiento en un tema que seguramente les resulta familiar a todos y acerca del cual se ha hecho abundante propaganda en estos años. Es el tema del fin de las ideologías. Y anticipo desde ya que voy

* Abogado, investigador del CONICET; profesor de Ciencia Política de la Universidad de Toronto. Dirige el Centro Latinoamericano para el Análisis de la Democracia y su último libro se llama: "El gobierno de Alfonsín y las corporaciones agrarias".

a estar de acuerdo con algunas —aunque sólo con algunas— de las proposiciones que se cobijan bajo ese manto general del fin de las ideologías.

Para entender qué es lo que está en juego y cuál es la época que nos toca vivir, hay que comenzar por tomar conciencia del momento en que la llamada *visión ideológica* del mundo se instala en Occidente, desplazando a lo que podríamos denominar —y así ha sido denominada— la *visión trágica*. Esta visión trágica domina a la Edad Media y, para decirlo de modo muy escueto, tiene como núcleo la idea de que la perfección debe ser alcanzada pero no es alcanzable en la tierra. En otras palabras, el pensamiento trágico se plantea como deseable un objeto perfecto, y su desdicha consiste en saber que no podrá llegar a él en este mundo. Por eso, la visión trágica es la otra cara de una visión religiosa que desplaza al más allá aquello que no es posible conseguir en la tierra. Esta visión resignada supone que la sociedad —la sociedad medieval— tiene garantes que están situados más allá de ella, es decir, garantes divinos, metasociales; y va a ser desplazada con el ascenso del racionalismo en Occidente. Es lo que voy a llamar aquí el *primer desencantamiento del mundo*. Desencantamiento porque —como se ha dicho muchas veces— la sociedad comienza a tomar conciencia de que no es sino producto de sus propias obras. Esta toma de conciencia, que empieza a poner en fuga a la idea de Dios, resulta aterradorante. Por un lado, la sociedad puede asumirse como una sociedad libre, sin límites, como una sociedad prometeica: todo está por ser realizado y puede realizarse. Pero, a la vez, desaparece el protector, desaparece el garante metasocial. Por lo tanto, por un lado, posibilidades infinitas y, por otro, vulnerabilidad infinita. Entonces, la sociedad necesita recuperar garantías para poder seguir viviendo; y yo creo que esas garantías van a tomar dos formas, de las cuales me interesa subrayar sobre todo una.

La primera forma será una creencia profunda en la Razón y en el Progreso. Se murió Dios, pero tenemos a la Razón y con la Razón podemos entender la marcha de la Historia; y la marcha de la Historia nos asegura el camino hacia el Progreso. La otra respuesta, que va a tardar más en formularse y en concretarse y sobre la que voy a decir muy poco ahora, es la confianza en las instituciones. Es decir, una sociedad puede recuperar certidumbres en la medida en que sus instituciones le aseguren la continuidad. Popper dice por ahí que la modernidad es la certidumbre de que nada es cierto.

Lo que yo intento es decir que con una certidumbre así resulta casi imposible vivir, que hacen falta ciertas seguridades, ciertos anclajes. Y estoy tratando de decir esto para volver a la *visión ideológica* del mundo y a su surgimiento, que es indisoluble del discurso acerca de la Razón y el Progreso.

Me estoy refiriendo, más precisamente, a la emergencia de las ideologías políticas en Europa desde fines del Siglo XVIII. Porque, fíjense ustedes que las ideologías políticas se llenan de contenidos afectivos, de contenidos emocionales, pero siempre a partir de una matriz que implica un doble movimiento: una explicación racional de cómo es la sociedad, de cómo son las cosas, una interpretación racional acerca de dónde estamos parados y, en función de esta explicación racional, una propuesta de acción, un proyecto de movilización colectiva. Este es el doble movimiento de todo discurso ideológico, al menos de todo discurso ideológico como lo entiendo yo. Incluso la derecha que hoy llamaríamos reaccionaria, en el Siglo XIX incorpora el discurso racional. Cuando un Burke critica en Inglaterra a la Revolución Francesa y defiende el derecho de la aristocracia a gobernar, ya no lo hace hablando de un derecho divino o de un derecho de sangre, de cuna, sino que dice que la política es un arte extraordinariamente complejo, es una práctica muy difícil, que requiere muchísimos años de experiencia. El título

lo de la aristocracia para gobernar vendría dado, entonces, por sus siglos de experiencia en el manejo de la cosa pública. Y, por lo que valga, ésta es una explicación racional. Entonces: hasta el pensamiento de derecha más tradicional tiene que defender los privilegios apelando a un discurso racional y convirtiéndose en ideología política. Pero hay algo mucho más importante o, por lo menos, tan importante como esto, y que no se tiene en cuenta en el debate actual sobre el fin de las ideologías: las ideologías han sido constitutivas de las personas en la medida en que han fomentado en ellas un sentimiento de potencia. El discurso de las ideologías es un discurso humanista: interpela a un sujeto al que le reconoce poder, por lo menos potencial; pero no sólo esto: interpela a un sujeto al que, por lo tanto, le atribuye responsabilidad moral. Esto es central a todo lo largo del Siglo XIX y de buena parte del Siglo XX en Occidente. Es decir, la difusión de ideologías políticas que interpelan a sujetos a quienes hacen responsables de hacer o de no hacer aquello que surge de la explicación racional de cómo son las cosas.

Subrayo esto porque, para dar un salto considerable en homenaje al tiempo, yo creo que asistimos ahora precisamente a un cambio de época, en la medida en que se está produciendo con gran intensidad lo que yo llamaría un *segundo* desencantamiento.

El *primer* desencantamiento fue el que vivió la sociedad en relación con sus garantes meta-sociales, es decir, la liquidación de Dios. El *segundo* desencantamiento, esto que tan profundamente condiciona nuestra cultura actual, hace a la crisis de la idea de progreso, al desencantamiento creciente con la idea de una razón todopoderosa que gobierna al mundo. Hablo del debilitamiento de la metáfora central de la modernidad, que es la metáfora de la flecha, de un movimiento unidireccional y progresista, de una marcha de la Historia que se sabe hacia dónde va. De ahí el gran tema de la incertidumbre del que nos estamos ocupando hoy.

Por eso se ha dicho que lo que hoy se llama posmodernismo no es sino una modernidad que ha tomado conciencia de sí misma, una modernidad para sí. Y que ha tomado conciencia de sí misma ante el fracaso de muchos de sus postulados, ante las consecuencias no queridas de varias de las cosas que intentó hacer. Intentó instalar como valor el universalismo, y uno de los resultados fue la diferencia, la heterogeneidad, la fragmentación. Quiso encontrar las determinaciones objetivas de la Historia y nos deja ante una Historia que se nos aparece como cada vez más contingente: como también se ha dicho, el batir de las alas de una mariposa en un hemisferio puede cambiar la vida y la sociedad en el otro. O sea que tomamos cada vez mayor conciencia de que intervienen en la historia, de maneras no predictibles, factores que son absolutamente contingentes. Lo que quiso ser una cultura global de la tolerancia, de la libertad absoluta, de la dignidad humana ha desembocado, con alarmante frecuencia, en el hedonismo, en la crueldad y en el cinismo. Y, para darle un golpe final a la idea de progreso, crece la conciencia acerca de los límites y del peligro de derrumbe ecológico que enfrentamos. Se acaba así la concepción central de la modernidad de que todo es posible, de que el desarrollo puede ser abierto, continuado, eterno, y se empieza a advertir que, en las condiciones actuales de la Tierra, no sólo es imposible sostener en el largo plazo el consumo desenfrenado de los países del llamado "primer mundo", sino que este consumo debería bajar ya para que sean viables los demás países, porque hay límites. Entramos en una era de límites; y esto cambia, otra vez, el panorama conceptual en el que muchos de nosotros fuimos criados.

Fin de las ideologías, entonces. Sólo que hay un sentido, entre otros, en que, tal como se lo plantea, el tema puede inducir a error. Porque tanto la conciencia moderna como la conciencia posmoderna resultan de una mezcla de elementos. La visión trágica no desapareció de la

noche a la mañana, sino que siguió siendo un componente de la conciencia moderna, por más que la visión ideológica pasase a ocupar el centro del escenario. En este momento, es la visión ideológica la que retrocede, pero esto no significa que desaparezca: por un lado —el del neoliberalismo ahora en boga— se naturaliza como un difundido sentido común; por otro —el de sus críticos— se refugia en círculos políticos y culturales más restringidos. Pero sigue estando ahí. La pregunta obvia es si acaso este retroceso de la visión ideológica supone un nuevo ascenso de la visión trágica, una recuperación de aquella perspectiva que fuera desplazada por la visión ideológica. Yo no lo creo así por muchas razones que tienen que ver con temas que aquí solamente puedo mencionar, como el papel que han jugado en este proceso las comunicaciones, el surgimiento y la transformación de los medios de comunicación de masas. En este sentido, conviene recordar que la visión ideológica estuvo fundada en la palabra escrita y en el distanciamiento crítico que la palabra escrita permitía y obviamente no tuvo por soporte a un aparato de televisión constituyendo en meros espectadores pasivos a millones y millones de seres humanos. Si existe una imagen simbólica apropiada de la visión ideológica progresista —lo he dicho en otros lados— creo que es la imagen de esos obreros que a comienzos de siglo leían en voz alta el periódico obrero en el taller y, varias noches por semana, se encontraban en la biblioteca socialista del barrio para informarse, para charlar, para discutir y para hacer planes. Claramente, éste es un mundo que pasó.

Sin ninguna duda, la caída del Muro de Berlín y el derrumbe del comunismo han alimentado decisivamente los procesos a que me refiero. Pero lo han hecho de maneras mucho más complejas y menos lineales que las que difunde el periodismo apologético. Porque al desaparecer su enemigo principal, todo sugiere que el liberalismo empieza ahora a desintegrarse

desde adentro. El primer mundo que queda cada vez más a la vista es un primer mundo de ciudades escasamente habitables debido a las drogas, al crimen, a las guerras de pandillas. Piénsese en los Estados Unidos con un “analfabetismo cultural” que crece de manera exponencial, con sistemas escolares que han entrado en colapso, con un racismo en ascenso. Frente a todo esto, me parece que la visión ideológica no está siendo desplazada por una conciencia trágica —aunque algo de esto haya, como lo muestra la proliferación de movimientos religiosos. Creo que se va instalando, más bien, una *conciencia patética*, que es otra forma de la conciencia desdichada, de la conciencia que se resigna.

A fines de los años '50 se puso de moda por primera vez en la literatura occidental la idea del fin de las ideologías. Pero, en aquel momento, esta idea era todavía tributaria de la confianza en la Razón y en el Progreso porque los teóricos —sobre todo, norteamericanos— que hablaban del fin de las ideologías lo hacían en nombre del triunfo de la Ciencia y de la Técnica. Datan precisamente de esa época las conocidas teorías de la convergencia, según las cuales, más tarde o más temprano, el mundo comunista iba a marchar por los mismos carriles que el mundo capitalista porque se iban a imponer necesariamente soluciones científicas y técnicas similares a las de Occidente. Era, entonces, una versión optimista del fin de las ideologías.

A pesar de sus ropajes, la versión actual es una versión triste, bastante poco esperanzada y, sobre todo, muy pragmática. Existen 32 millones de pobres en el país más rico del mundo: hay que tratar de no verlos. Es impresionante caminar por las calles de Nueva York o de San Francisco, pero no tanto por la cantidad de gente tirada en las veredas sino por el modo en que el resto pasa a su lado y hace como que no la ve. A esto llamo conciencia patética, a la del que mira para otro lado. Hay doce o trece millones de pobres en la Argentina y, sin embargo, nos

— dicen que estamos en el primer mundo y nos bombardean con el discurso de los ricos y de los famosos. Nótese la distancia a que nos hallamos de una visión trágica, “a la Nietzsche” que; finalmente, estaba muy enraizada en el optimismo del Siglo XIX, porque era una visión trágica que pensaba que de la tragedia surgiría un Superhombre.

— Hoy, en cambio, vivimos en un mundo donde creo que hay poco lugar para el líder carismático. Desde luego, se puede jugar con las palabras pero no surgen líderes carismáticos porque no hay tampoco potencia en los públicos que podrían constituirlos como tales. Lo que encontramos es, por un lado, una fuga hacia lo religioso y hacia lo esotérico; y, por el otro, una difundida actitud de repliegue. Repliegue hacia lo privado y apatía. Un dato escalofriante: en las últimas elecciones municipales de España, el 75% de los jóvenes que debían votar por primera vez, no votó.

• Fuerte repliegue, entonces, cuyas manifestaciones son tanto la apatía como el narcisismo, esa cultura del narcisismo que puede leerse hasta en el fisicoculturismo y la obsesión por la

dieta, es decir, en un repliegue cada vez más obstinado: en el propio cuerpo. Primero, el propio cuerpo y después, un programa de televisión, hacer la plancha, tratar de sobrevivir.

Frente a esto, creo que proponer simplemente utopías resulta en estos momentos bastante peligroso, porque las utopías ofrecen mundos perfectos que invitan a ser contrastados con la pobre realidad que nos toca vivir y pueden acabar reforzando la desdicha y la resignación de la conciencia patética y, con ello, su desmovilización.

¿Cuál es la alternativa ante todo esto? No sabría decirlo ahora; y no sólo porque se me acabó el tiempo.

En todo caso, lo que yo quería era indicar un espacio desde el cual empezar a pensar esta alternativa, tal como proponían los organizadores de esta reunión. Si de algo estoy seguro es de que ya no se puede iniciar esa tarea suponiendo que hay una Razón que domina la Historia o que estamos embarcados en una marcha sin límites hacia el progreso. Nos hallamos ante un profundo cambio de época y refugiarse en las viejas certezas es condenarse al anacronismo.

EXPOSICION DE Félix Luna*

Es bastante difícil hacer una exposición que pueda suscitar tantos interrogantes, tantas inquietudes como las que acaba de hacer Nun, en esta admirable síntesis que tiende, desde luego, a un pesimismo a mi juicio, pero a un pesimismo creador. Un pesimismo que nos lleva más bien a un examen de la realidad, desde una perspectiva que yo no comparto totalmente, pero que me resulta suscitante.

Nun ha dicho algunas de las cosas que yo pensaba decir: éste siempre es el riesgo de hablar segundo o tercero... Yo voy a tener que referirme, también, a la Historia, y casi diría al oficio de historiador, que presenta algunas particularidades relacionadas con lo que ha dicho Nun y que tiene que ver, desde luego, con lo que se va a tratar en este seminario.

Por de pronto señalo como algo muy audaz, esta mención que se hace en el seminario, como motivo, como temática, del año 1000. El año 1000 fue un año de terror, en lo que llamaríamos ahora Europa occidental, en la cristiandad. Se suponía que era el fin del mundo. Hubo movimientos carismáticos, populistas, milenaristas esperando el segundo advenimiento de Cristo, con una visión totalmente pesimista y cerrada del futuro del mundo.

Por supuesto, pasó el año 1000, y el siglo que empieza en el año 1000 comienza a registrar algunos de los grandes procesos que van vertebrando a la Baja Edad Media. Las grandes construcciones de catedrales, una renovación del

pensamiento filosófico que culminaría con Tomás de Aquino, una intensificación del comercio mediterráneo, una ruptura de las compuestas que hasta entonces aislaban lo que serían los esbozos de las naciones occidentales.

Y en la actualidad, frente a un milenarismo que, irracionalmente, temerosamente, se va tejiendo hacia el año 2000, este segundo milenario, igualmente está "pescando" a la humanidad, por supuesto mucho más amplia que la del primer milenario, en una actitud de miedo, de incertidumbre. Y por eso me parece que la palabra "incertidumbre", clave en este Seminario, habrá de repetirse muchas veces, y esto resulta bastante lógico. Pero, al mismo tiempo, los que ejercemos el oficio de la Historia, podemos, me parece, dar algunos elementos de juicio, no para entender esta época difícil, peliaguda, sino para entender cómo la visión del historiador, a veces, permite desglosar algunos de estos elementos de juicio y visualizar ciertas direcciones. Comprobar que la Historia no están impredecible ni tan irracional como dice Nun.

Por de pronto, la Historia como disciplina, admite muchos puntos de vista. Esa es su fascinación y también su servidumbre. No existe nunca una versión definitiva de la Historia. El pasado siempre puede ser analizado desde puntos de vista diversos, contradictorios, respetables incluso todos ellos al mismo tiempo. Porque un proceso, un protagonista, una situación pueden mirarse desde puntos de vista muy diferentes y desde intereses muy distintos. Basta recordar la cantidad de libros escritos acerca de la historia romana en los últimos tres siglos, que incluyen los mismos personajes pero

* Historiador, fundador de la revista "Todo es Historia", ex-secretario de Cultura de la Municipalidad de Bs. As. y autor de varios libros.

desde perspectivas totalmente distintas y, desde luego, con conclusiones totalmente distintas. Y esto significa algo que también tiene mucho que ver con el oficio del historiador y que seguro será permanente en este seminario. Me refiero a la dificultad o a los riesgos que conlleva la recreación histórica cuando no se hace tratando de insertarse en el mundo de las ideas de la época a reconstruir, cuando se cae en anacronismos, cuando se juzgan determinados procesos con los valores de hoy. Entonces se incurre tal vez en ideología pero, sobre todo, es un pecado de "lessa historia". El historiador no es un juez, no está para absolver o para condenar sino para comprender. Y, para comprender, lo primero que tiene que hacer es situarse dentro de la época que intenta recrear. Situarse no sólo físicamente, es decir, reconstruir el mundo físico de que se trata sino, sobre todo, el mundo espiritual. Si a mí, historiador profesional, me dicen en algún momento, que trate de imaginar y transmitir cómo era, por ejemplo, el Buenos Aires de 1840, resultaría relativamente fácil hablar de aquella época: cómo eran los edificios principales, las calles, las costumbres, etc. Pero me resultará difícil reconstruir el mundo de valores, de creencias que regía en aquel momento. Esto es lo diferente, esto es lo dificultoso. Nosotros tendríamos grandes obstáculos en entender por qué la gente estaba aterrada en el año 1000 y, seguramente en el año 3000, la gente que se dedique a estas cosas, si todavía existen Historia y gente, también tendrán muchos inconvenientes en entender por qué estábamos tan temerosos en los finales del segundo milenio. Resulta muy complicado adentrarse en el mundo de creencias de una época determinada, porque eso equivale a cambiar todo nuestro registro mental. Se ha hecho mención a los 500 años del "desembarco español" en América, y veo que se ha elegido cuidadosamente la palabra para no poner "descubrimiento", no poner "encuentro", lo cual no me parece mal.

Pero, cuando se habla de este tema, ¿quién es el osado que trata de reinventar los valores éticos o los valores políticos sobre los cuales se fundamenta la humanidad de Europa occidental en aquella época? ¿Quién puede reconstruir el tremendo impacto que significó para los españoles y para los europeos de la primera mitad del Siglo XVI, el descubrimiento de un continente al cual la Biblia no hacía la menor alusión, el encuentro con millones de seres que, después de todo eran seres humanos, y en consecuencia tenían alma, y en consecuencia probablemente habían sido redimidos por el sacrificio de Cristo en la cruz, y en consecuencia, debían ser evangelizados? ¿Quién puede medir desde nuestro Siglo XX, el impacto que significó para la humanidad este tipo de evidencias?

Entonces, el historiador trata de establecer mecanismos metodológicos, mentales —diríase— pero que de todos modos cuesta mucho instalar, cuando uno vive como vive, en una época determinada, cuando uno tiene, como tiene, determinados valores que sustentan su vida, su actividad, cuando está radicado, como lo está, en un país determinado. Cuesta mucho establecer qué es lo que está pasando en el mundo y en estos procesos que estamos viviendo y que son, algunos de ellos, espectaculares y hasta estremecedores. ¿Nos hablan ellos realmente del fin de las ideologías, del fin del mundo? ¿O significan la apertura hacia formas de vida y de convivencia que pueden ser bastante mejores que las que estamos viviendo ahora? ¿Por qué no abrir esa perspectiva?

Yo señalo, por ejemplo, algunos movimientos producidos en las últimas décadas y sobre cuya importancia, tal vez, no tengamos conciencia demasiado clara. Aludíó Nun, por ejemplo, al problema de la ecología, problema que no se planteaba hace treinta años. En realidad, bastaron pocos años para que pequeños grupos de gente —a veces desde una posición intelectual o científica o desde una postura político-militante, y más allá de los excesos en que

podieran haber incurrido— empezaran a llamar la atención de la humanidad entera, acerca del uso indiscriminado del planeta, esa dilapidación terrible sufrida durante tantos siglos, y que se está acentuando en las últimas décadas. Y, de pronto, la humanidad comienza a tomar conciencia de que, efectivamente, existe algo llamado “mundo”, al que no se puede desgastar impunemente, ya que esta dilapidación provoca efectos negativos sobre la calidad de vida. Esto no lo advertíamos hace treinta años. Ahora, sí. Y cuando una actitud de espíritu comienza a generalizarse, inevitablemente se convierte en mayoritaria, y se traduce en normas, en políticas, en correcciones que se pueden ir gestando. No de otra manera la humanidad se liberó de la esclavitud, por ejemplo. No de otra manera la humanidad fue viendo el fin de la colonización. Señalamientos hechos por grupos minoritarios que, poco a poco, cobraron una importancia tal que se creaba una conciencia determinada, frente a la cual poderes públicos no tuvieron otro remedio que adoptar actitudes y políticas determinadas, a fin de corregir los males señalados.

Otro aspecto difícil de evaluar, porque estamos viviendo inmersos en él, es la afirmación de la importancia de los Derechos Humanos. Por supuesto, los derechos humanos, de algún modo, se proclamaron con la Revolución Francesa y la Revolución americana y, aun antes de eso, existía toda una línea de pensamiento dirigida hacia el respeto por la dignidad humana. Pero, ¿cuándo como ahora se ha hecho de los Derechos Humanos una bandera para denunciar las violaciones producidas en una cantidad de sectores, de países, donde desde luego esto ocurre pero donde ya está existiendo una conciencia mucho más severa, mucho más rigurosa, respecto de todos estos temas que antes pasaban inadvertidos o que eran materia simplemente de información estadística o periodística? Actualmente existe, en cambio, una idea mucho más clara de lo que son los Derechos

Humanos y de la necesidad de su respeto y denuncia a su violación en aquellos países o regímenes donde esto sucede.

Creo que éste es un dato que induce al optimismo, aunque sabemos que es una realidad muy difícil y que, en algún momento, podamos poner la palabra fin a un proceso de este tipo.

Otro aspecto, la revolución femenina, llamémosla así, esta cantidad de caminos que se abren y que han puesto a la mujer en una condición muy diferente de la de hace medio siglo. Estoy refiriéndome, por supuesto, no a la condición de la mujer en algunos continentes remotos —Asia o Africa— sino en EE.UU., Europa, en los países de América latina, que tienen una cierta sincronía con el nuestro. Hay una idea mucho más libre de las posibilidades de la mujer en cuanto al trabajo, en cuanto a las profesiones posibles, en cuanto a la liberación de ciertas servidumbres tradicionales.

Entonces, si bien estamos llenos de incertidumbres, también hay algunas bases que nos permiten pensar, en la época que vivimos como una etapa de transición muy dura, muy compleja, atravesada por un siglo en que la humanidad se insertó dos veces en guerra planetarias, perversiones políticas tan incomprensibles como los totalitarismos europeos de todo signo, un desarrollo de la ciencia y de la técnica que tal vez se nos ha ido escapando de las manos, y no podemos controlar demasiado, y cuyos efectos nos convierten en aprendices de brujos, que no saben manejar su robot todavía.

Pero yo no veo que esto pueda inducirnos a una posición de pesimismo. Los historiadores somos, además, optimistas por naturaleza. Muchas veces nos hemos encontrado con situaciones que fueron muy difíciles de resolver y, sin embargo, se resolvieron. La historia argentina nos ofrece una serie de problemas descomunales frente a los cuales las soluciones aparecieron de muy difícil viabilidad y, sin embargo, se resolvieron: el equilibrio entre Buenos Aires y el Interior, esa suerte de juego dialéctico que vie-

ne desde la época colonial, que nunca alcanzará una formulación perfecta pero que, de todos modos, alcanzó a vertebrarse institucionalmente; la incorporación de la masa de inmigrantes que impactó a nuestro país tremendamente, desde 1880 en adelante; la transferencia de poder a la soberanía popular, que en otros países costó años de revoluciones, y que acá se hizo limpiamente, por una ley casi consensuada por la opinión pública de la época.

No quiero dar una visión alegremente optimista, pero sí pienso que la naturaleza humana sigue siendo la misma, ella indica ciertas tendencias que, en la medida en que vayan creciendo y generalizándose nos permitirían tener ciertas bases que yo llamaría "certidumbres", también del pensamiento y de las formas de vida.

No sé si vale la pena que avance un poco más. Supongo que por medio de las preguntas se podrán desarrollar algunos de los aspectos que, aparentemente nos separan con Nun y que no creo que sean tantos, ni tan profundos.

Lo que se hace en un país determinado y en un momento determinado, aquello que intenta abrir algunos interrogantes más que certezas, como se ha dicho aquí, revela que hay una gran curiosidad por saber qué historia se está viviendo, y esta curiosidad se proyecta al futuro.

Los historiadores no tenemos "la bola de cristal", no estamos autorizados a decir qué futuro vamos a vivir. Apenas si podemos tratar de comprender el pasado. Pero, de todos modos, también sabemos que ciertas pistas conducen a ciertos territorios.

Las pistas sobre las cuales estamos transitando los hombres y mujeres del Siglo XX, de las vísperas del segundo milenio, si bien ofrecen estos aspectos desdichados que señalaba Nun —que son ciertos y producto de esta terrible urbanización planetaria y de manejos de la ciencia y de la técnica sin control— también nos muestran ciertos avances en cuanto a la conciencia planetaria respecto de su mundo, de la

forma de vida de la sociedad, de ciertos derechos que seguimos considerando inalienables. Y, entonces, no creo que debamos ser pesimistas. En primer lugar, porque no es saludable y, en segundo, porque no hay motivos ciertos para serlo. Estamos, eso sí, viviendo momentos muy complejos, difíciles de interpretar, con datos nuevos que aparecen todos los días y que nos dan la impresión de que, en efecto, la Historia no se mueve por impulsos racionales obedeciendo a una puntualidad de causas y efectos.

Pero siempre pasó eso. No hay momento de la historia en que alguien no se haya lamentado de su presente afirmando que constituyen los peores momentos de la humanidad. En el Siglo IV o V, después de Cristo, un monje del monasterio de Saint Gall, escribiendo a un amigo en Inglaterra, le decía: "Vivimos tiempos de baluceos". En plena época de las invasiones bárbaras, del derrumbe del Imperio Romano, este monje podía percibir, fundadamente, que el mundo estaba terminado. Esa construcción racional, hermosa que significó el Imperio Romano, llevando su civilización a los confines de Europa, al caer estaba definiendo la clausura del mundo mismo.

Tal vez, tengamos esa misma sensación. Pero quiero cerrar esta disertación, trayendo a colación una frase atribuida nada menos que a Hipólito Yrigoyen (en realidad no era de él, pero aparece en una glosa o escrito de él). En una famosa carta que le escribió a Alvear, para la inauguración de la Asamblea Constitutiva de la Sociedad de las Naciones, decía Yrigoyen: "Cada taller de forja parece un mundo que se derrumba". Es decir, todo lugar donde se está construyendo algo, por su ruido ensordecedor, por todo lo que significa ese caos, parece un mundo que termina. Sin embargo, el mundo no termina, el mundo simplemente adquiere nuevas formas, y en alguna medida está en nosotros la posibilidad de que esas formas sean un poco mejores que las anteriores.

EXPOSICION DE Horacio González*

Me voy a atener a este papelito que es una pequeña guía a la que intentaré ser respetuoso. Digo esto porque ya ha sido refutada varias veces esta noche. Mientras la reconstruyo voy a tratar de preguntarme por qué me parece que pudo haber sido refutada.

No me parece un mal número el tres. El número tres es un número sugestivo, y se me ocurrió indicar con ese número las direcciones, las tres direcciones, por tanto, en que podemos pensar el saber histórico, la manera en que la Historia nos abarca o la manera en que decimos vivir, sufrir o compartir la Historia. La manera, en fin, en que la palabra Historia con toda su gravedad y toda su incomodidad y toda su carga de oficio en el relato, o toda su carga de prácticas de malversación de las vidas, a diario, nos interroga con una pregunta fatal: "qué hacemos nosotros en la Historia", y si la Historia es un saber competente para declaramos sujetos activos. Me parece que ése es un debate que nos recorre por todos los lados y, en ese vaivén, agotamos, y creo que lo hacemos ponderablemente bien, nuestras preocupaciones políticas en la Argentina contemporánea.

Una dirección posible para señalar el modo en que la Historia nos abarca, me parece indicado llamarle *Historia Heroica* y a las otras dos direcciones me pareció conveniente designarlas *Historia Evolutiva* e *Historia Privada*. Historia Heroica, Historia Evolutiva, Historia Privada. Un número: el tres. Tres direcciones, tres in-

tentos de decir cómo la Historia nos habla como sujetos.

Si decimos que la Historia es heroica, ése es un sentido muy tradicional heredado: habita en nuestra condición de sujetos políticos y de ciudadanos. La historia heroica tiene una larga militancia en nuestras vidas. Aun hoy, en tiempos desaconsejables para esta visión, resulta difícil que no se apodere de nosotros esa aureola bastante misteriosa de la historia heroica.

Esta es la historia relatada en los libros que leímos y aquella que, de algún modo, nos ha educado como ciudadanos. Tiene un sujeto claro, quizás unidireccional, quizás monolítico: más acentuadamente, podríamos decir que en ella existe un sujeto casi monárquico, una única razón que gobernaría la Historia. Y, en el medio de esa razón, los pueblos o naciones como individuos amplificadas.

Historia de carácter dramático, tiene su centro en un héroe, y ese heroísmo puede ser individual, colectivo, un heroísmo de las naciones. Pero lo central no es esta proporción entre lo individual y lo colectivo, sino el poder desarrollar un relato heroico en términos de un drama que solicita a las personas de una manera trágica. Esa es la posibilidad a la que nos abre esta forma de la historia heroica.

En los últimos años en la Argentina —y pienso especialmente en los años más intensos que nos tocaron vivir, acaso en los años '70— esta forma de la historia heroica consagró muy privilegiadamente la figura del militante, del combatiente, la figura del hombre armado, del nuevo hombre. De alguna manera se presentó co-

* Sociólogo y profesor de la UBA en el área de Teoría Política.

mo un nuevo humanismo, sin perder sus características dramáticas y trágicas; y algunas célebres frases la precedían, algunas célebres frases estaban muy en condiciones de decir cómo esta historia heroica nos llamaba a la acción.

Una frase que muchos de Uds. recordarán es: “Nadie se realiza en un país que no se realiza.” Esta frase es central, nuclear, digamos la pepita de oro de la historia entendida como el desarrollo de un heroísmo, individual, colectivo, el desarrollo de una tragedia. “Nadie se realiza en un país que no se realiza”. Cuántos dijeron esta frase y digo más, cuántos dijimos esta frase y cuántos pudimos suponer que ella habitaba bien en nuestras capacidades políticas.

Quizás el secreto de la historia, decía Maquiavelo, no en El Príncipe, sino en el discurso de Tito Livio, reside en que cada época introduce o arroja sobre la Historia a bocanadas personajes cuya única misión es hacer olvidar lo que pasó en la época anterior. No es menor esa misión histórica y, de algún modo, no pocos esfuerzos hacemos en esta época para olvidar una frase que hasta podríamos decir, sin temor a equivocarnos, que incomodaba antes y actualmente mucho más.

Existe un derecho a suponer formas de realización de todas las clases de éticas disponibles —de las éticas individuales, de las personas, de los grupos, de las profesiones— que suponen formas de realización con amplísimos grados de autonomía en relación a si se realizan o no entidades de carácter colectivo, de carácter patrio, entidades que, en general pueden estar asociadas a categorías bélicas. Hay en estos años una conquista que podríamos considerar democrática, en cuanto a la realización de éticas individuales o particulares, disociadas de una épica colectiva que reclama para sí el derecho de decir cuándo todos se realizan, cuándo ella como totalidad se realiza. No me parece necesario lamentar esta pérdida de la Historia como gran totalidad. No me parece que estemos aquí en una jornada de luto diciendo que lamenta-

mos la pérdida de esa totalidad histórica, de esa visión heroica de la Historia.

Lo cierto es que en estos momentos la dirección, no sé si dominante, pero con fuerte impulso en las Ciencias Sociales es la que podríamos llamar *evolutiva*. Tiene una producción que se refugia en las universidades y centros de investigación y no por eso deja de influir decididamente en los horizontes políticos, en los horizontes de algún modo dominantes en una época. Es propio de cierto triunfo de la versión de las Ciencias Sociales contemporáneas, el hecho de que esa historia heroica sea reemplazada por otra historia más calma, menos totalizadora que podríamos llamar *evolutiva*.

Esta historia sustituye al heroísmo productivo de una escena —que implica un relato de gloria, un relato de las realizaciones individuales y grupales— por medio de la idea de Patria. La sustituye por una lógica de desarrollo: no solo por una lógica de economía, sino principalmente desarrollo de grupos, a través de formas de aprendizaje que entrañan una confianza y un cierto optimismo en la capacidad realizadora del género humano.

En este tipo de historia evolutiva se eligen formas de desarrollo donde los grupos entran en relación con la Naturaleza. La Historia entra en relación con la Naturaleza en proporciones mucho más abatidoras que la historia napoleónica la que, de algún modo vivimos hasta la década del '70, historia de naciones, grupos en lucha en busca de formas de igualdad y de justicia, pero que tienen su dominio y su espacio privilegiado en formas que llamábamos la “Nación”.

Esta forma de la Historia como evolución supone una fuerte idea del género humano. Quizás tenga una influencia del primer Marx, del Marx que situaba el problema del ser genérico del hombre como el problema central de la felicidad en la Historia, que sería lo contrario de la alienación. En este punto podríamos cometer exceso al dar un nombre y, quizás, la figura de

Habermas podríamos colocarla como la del representante más notable de esta sustitución de la Historia épica, épico-trágica, de la poética de la Historia trágica por esta Historia Evolutiva que implica grados de aprendizaje, formas comunicativas capaces de gobernar la técnica y no a la inversa, no la tecnologización de la política ni la razón instrumental dominando la forma de entendimiento entre los hombres.

Es una Historia, sin duda optimista en la que nos gustaría creer. Que no abandona la idea de Patria pero la sustituye por grandes conglomerados acuerdistas portadores de constituciones y reglas de convivencia como núcleo de vida. La vida se realiza a través de esas reglas. El patriotismo es constitucional, ésa es una expresión muy feliz de este tipo de problemática de la Historia Evolutiva.

Sin duda decir que el patriotismo es constitucional para cualquier argentino y, sin duda, para los que están sentados esta noche en el auditorio de la Asociación de Trabajadores del Estado es, de algún modo, una frase contradictoria. Y los historiadores presentes podrán dar razón acerca de por qué la historia argentina, estos dos pequeños siglos que tenemos de historia argentina, no tiene nada que ver con la idea de patriotismo constitucional.

La Historia que contamos, la que conocemos de la Nación argentina, es una historia en la que esta idea de patriotismo constitucional se revela, retrospectivamente por lo menos, como un poco ingenua. Pero, lo cierto es que ése es el horizonte de problemas que, de algún modo, recorren el camino de años trágicos, los años del hombre revolucionario armado y del Nuevo Hombre que no se realizaba sin que una entidad épica, superior a él no se realizara.

Hay una tercera forma de la Historia que me parece indicada también comentar. Tiene una fuerte carga universitaria pero, como suele ocurrir en estos casos, es una lección para quienes desprecian aquello que se discute en gabinetes cerrados de la Universidad. Porque esto ocurre

así, pero no por eso deja de influir sobre horizontes de época, de mentalidades incluso colectivas y el tipo de actividad intelectual general de una sociedad. A esta forma de la Historia, con un sentido común ya elaborado, la podríamos denominar la *Historia del Presente*. Que aparece también como una contradicción. ¿Cómo hacer una Historia del presente? Bueno, dar cuenta de esa contradicción es lo que este tipo de historia nos proporciona, inclusive como placer y, más aún, como placer de lectura.

Historia heroica, historia evolutiva e historia del presente, que también se podría llamar *Historia Privada*.

Ejemplifico apenas con unos libros, fuertes volúmenes de libros de la Escuela Francesa de la Historiografía, editados en todos los idiomas del mundo, por lo menos del mundo occidental y, en todos los casos, con fuerte éxito editorial: Historia de la vida privada, única Historia que se lee masivamente y, sin duda, signo que no se puede abandonar en el momento de interpretar cuáles son las direcciones de la Historia. La Historia de la Vida Privada, la Historia del Presente. ¿Se puede hacer una historia de la vida privada? Se puede hacer considerada como historia del presente. Entonces atendamos la posibilidad de resolver muy brevemente esta contradicción.

La Historia de la Vida Privada es la historia de las formas de convivencia, de las reglas de etiqueta, de las formas de confesión, de las formas amorosas, de la idea del tiempo, de las formas de aseo personal, de la entidad matrimonial. Cuando leemos los volúmenes que los historiadores franceses nos proporcionan, y a veces nos arrojan con valentía, con este descubrimiento de la vida privada, casi siempre estamos frente a la obra de historiadores que no hacen más que darnos una idea del tiempo muy morosa, una idea del tiempo que no existe para la historia argentina. Una idea del tiempo, donde ciertamente deberíamos abandonar: generales, ciertas sangrientas batallas y la tragedia, que dejan

su lugar a una entidad colectiva, y esa entidad a lo largo de una temporalidad muy maciza, muy pegajosa donde no desaparece la idea de tiempo pero sí el vértigo del tiempo.

Un poeta francés que desapareció hace poco tiempo y al que me complace nombrarlo, René Char, de la Resistencia francesa, de la Resistencia antinazi, tenía un poco esta idea de la Historia como vida privada. Pero qué curioso ya que él era un poeta de la Resistencia, que no vacila en acompañar a los hombres armados e incluso a tomar las armas. Es el gran poeta surrealista de Francia y, sin embargo, la historia de la historia presente no deja de estar continuamente elaborada en sus poesías, incluso cuando piensa en la Resistencia. Decir resistencia es un tema muy argentino pero resulta, sin duda, la forma en que la Historia Argentina homenajeó a la Historia Francesa. Decir "resistencia" es decir un grato acontecimiento entre los hombres. Los hombres se juntan, en principio para defender la Patria, idea muy francesa pero eso no le importa a un poeta surrealista, en todo caso es una visión épica de la Historia y, sin embargo, eso no le impide participar en asuntos colectivos de honda envergadura nacional, la tradición de la Historia Francesa: ser invadido, rechazar una invasión, etc. Bueno, la historia es bien conocida. Pero René Char dice: "Nunca olvidaré esos años de la Resistencia y hoy que ya sólo queda la memoria de esos años, ya son una pérdida en mi memoria. Queda sólo la memoria pero se han perdido, esos años que son años de gloria, quizás no porque se defendía la Patria, sino porque había una fuerte actividad humana, había grupos apasionados".

Este poeta alimenta o estimula obras bien conocidas, como la de Albert Camus. La forma de la política en la que piensa René Char es como un intento de recuperar siempre el tesoro perdido. ¿Cuál es el tesoro perdido? ¿La Patria? No necesariamente, porque si no estaríamos otra vez en la historia épica, napoleónica. Es ese encuentro entre los hombres, en la floresta con ar-

mas en la mano alrededor de una causa justa. También es una idea de la historia privada. Esos grupos son casi confesionales, son grupos de amistad entre los hombres, donde lo que campea es una idea de la privacidad de las vidas, de cierta resignación acerca de que ese gran momento se va a perder y sólo quedará el recuerdo, y toda política futura será recordar ese gran momento vivido.

Sin embargo, esa idea de la historia privada, la historia como emoción de las personas, como una gran conmoción que abarca a las personas en este caso tenía un cierto grado de convivencia con la historia épica mayor que es la que vemos en el cine francés habitualmente, la Resistencia, los actores franceses haciendo de resistentes, otros de adversarios.

Por último, existe otra forma de la Historia Privada, que no deja de parecerse a la idea de la gran Historia Trágica, de la historia apocalíptica, de la historia mesiánica, cual es entender la historia presente como una espera de salvación, una espera de rendición. Hay una gran obra de nuestro tiempo que, justamente intentó asociar la idea de una redención, la idea de una salvación, incluso personal, a la causa del movimiento obrero. Como se ve no es habitual que las causas del movimiento obrero o de los sectores trabajadores de la población estén asociadas con historias de carácter redentorista. Pero este tipo de historia podríamos llamarla *Historia de los Vencidos*.

La idea de que los vencidos están siempre a la espera y, en algún momento, les llega una posibilidad que no es sino la posibilidad de liberarse como vencidos liberando al resto de la sociedad, liberar a toda la sociedad de la idea de guerra, para eso están los vencidos. Es una idea mesiánica de la Historia y que tendría ciertos sesgos de la idea épica-trágica de la historia, y sin embargo, también está hecha a la manera de una historia casi privada, del presente, una historia de hombres que están a la espera, que se juntan para estar a la espera, que se juntan en su

condición de vencidos, en la condición de hombres esperanzados. Y en ese sentido, me da la impresión de que es una de las variantes que se nos abren una vez que el rostro napoleónico guerrero de la historia, que vivimos tan agitados nosotros en la década del '70, ha cesado para dejarnos problemas quizás tan interesantes como aquéllos. (No considero que aquellos problemas de la Historia no fueran interesantes).

Quiero terminar con un ejemplo que nos ha golpeado en los últimos días: ¿dónde poner la idea de Malvinas? Yo me cuento entre los que personalmente quisiéramos olvidar, o mejor dicho entre los que personalmente sienten un grado de irritación ante el recordatorio. Y me parece que, en los últimos días, nos sentimos irritados por no saber cómo cuidar ese tema, cómo contarlo, cómo hacerlo parte de nuestra vida democrática, cómo ampliar el horizonte de la democracia recuperando la capacidad de habla en un tema en que habitualmente lo que hacíamos era silenciar puesto que es un tema de la guerra argentina, es un tema de la guerra de los generales, es un tema que cierra una de las etapas más odiosas de la historia nacional. Creo que ahí se nos ofreció un terreno para volver a pensar o repensar las cuestiones relativas a la idea de Historia con que pensamos la Historia.

He visto un programa de televisión que muchos de nosotros vemos habitualmente los jueves a la noche. En una de sus transmisiones hubo una suerte de reivindicación guerrera, gloriosa de las Malvinas a través de la idea de deuda: en el hecho de Malvinas existe para nosotros una deuda, un cementerio, etc. Al mismo tiempo llamó la atención el privilegio dado a cierta idea expresada por un terapeuta o psicólogo ex combatiente quien insistió en la necesidad de "relatar de nuevo esa guerra". El dijo además que no tenía razones para pensar que había que seguir pensando la Historia como guerra. Sin embargo, agregaba que decir que la guerra la hizo un general loco, borracho, etc. llevaría a descuidar la recuperación terapéutica de los

combatientes que han vuelto destrozados. Esta idea me pareció muy peculiar, desafortunada pero que golpea por alguna razón. Pensar que a propósito de garantizar terapias más evolucionadas o dignas se reconsidere el hecho de que en el centro de esa guerra había un general borracho, un general loco, me parece desafortunado. Sin embargo, la idea del general borracho tampoco puede abarcar todos los temas, todas las acciones y toda la pesadez de la historia que hizo que alguna vez hubiera Malvinas guerreras, que alguna vez estuviéramos sentados como estamos ahora pero mirando televisión y diciendo otras cosas y éramos otros y fuimos otros para los otros y ese otro que fuimos no sabíamos muy bien cómo pensarlo. Pero para eso está la Historia, para pensar al otro que fuimos. Esa es la realidad que tenemos, que nos golpea habitualmente, cuando el tema aparece con toda su crudeza irresuelto como es el tema de las Malvinas para nuestra condición de relatores de la Historia. Y termino diciendo que por suerte está demasiado claro que nadie puede resolver estos temas que sólo se resuelven viviendo, también hablando, sin duda, pero hablando y viviendo, dos formas de resolver los temas.

Me parecen sugestivas las posibilidades de descartar formas resolutivas, me parece muy poco emocionante. Hoy descartaría la Historia Epica, napoleónica. Descartaría también, por lo menos para los asuntos a resolver en esta titubeante, imperfecta y amenazada democracia argentina, la idea de Patriotismo Constitucional (en esto no voy a coincidir con José Nun). Preservaría la posibilidad de recuperar algún hilo, alguna hebra de Historia Trágica, sobre todo cuando a la tragedia la disociamos de cierta fatalidad guerrera que desde las historias más antiguamente constituidas nos acecha: esa relación tragedia-guerra. Yo, entonces, estaría de acuerdo con la idea de lo trágico, la idea de la tragedia, no sólo en la política sino en las formas del relato histórico, en tanto no nos lleve hacia

los napoleones —y no necesariamente tiene que llevarnos—, en tanto esté en condiciones de revelar condiciones ciudadanas, calidades políticas, recuperar la política como obra, como incompletitud, como desazón, como pasión siempre incompleta.

Yo creo que hay una íntima desazón y no es porque esta época tenga límites de todo tipo, humanos y ecológicos. Existe una íntima desazón del hombre político, del hombre gremial, del estudiante y de cualquiera que se siente en estas sillas para hablar como hablamos y para escuchar como escuchamos. Pero no me parece aconsejable perderla porque es una desazón constructiva. Yo llamo a eso la posibilidad de un sentimiento trágico-democrático. La tragedia es un saber aristocrático, es un saber de héroes, de la inmolación, de las catástrofes. Si lo tomamos como un saber democrático de la construcción entre hombres de los conocimientos y posibilidades políticas cuyos resultados

desconocemos pero que por algún placer innato en la sociabilidad construimos, entonces la idea de lo trágico-democrático me parece bastante seductora.

Estas tres ideas que intenté esbozar acerca de la posibilidad de pensar la Historia que nos abarca son, apenas, por un lado la comodidad del número tres. Por otro, explicar que esta posibilidad del hombre democrático llevado a sus posibilidades de acción constructiva, en una época donde saberes fuertes parecen desaconsejables, porque tienen todos un hálito guerrero, puede no aprender de esos saberes fuertes, para tomar lo que tienen de capacidad trágico-constructiva y lo que a esta altura me parece que merecemos gozar como artífices de nuestro propio aprendizaje; el aprendizaje de la convivencia en democracia, que es difícil. Toda convivencia es trágica si sabemos aceptar la gravedad y la pesadez de esa historia.

PREGUNTAS A LOS PANELISTAS

J. NUN: Mientras se efectúan las preguntas, quiero hacer dos o tres observaciones con respecto a lo que dijo Félix Luna, porque temo no haberme explicado. Yo no pienso a la Historia como irracional o ininteligible. Digo que ella tiene la racionalidad que le asigna quien la narra. Me parece que es importante tener esto en cuenta. Creo que fue *Merleau Ponty* quien dijo hace muchos años que la Historia es siempre más rica que las preguntas que le podamos hacer porque no esperó nuestras preguntas para existir.

Sobre el tema del pesimismo, voy a recoger una frase muy conocida de Gramsci, que ni siquiera era de él en realidad. Gramsci hablaba del pesimismo de la inteligencia y del optimismo de la voluntad. Lo que pasa es que a mí me parece que hemos chocado tantas veces contra la pared por tener, en cambio, visiones demasiado optimistas *desde la inteligencia*, que en este momento conviene partir de una visión no tan optimista, sin por eso dejar de valorar las cosas que decía Luna. Efectivamente, hay movimientos sociales rescatables, pero desde mi perspectiva estaba tratando de registrar ciertas tendencias que me parecen muy importantes y que se manifiestan no sólo en la Argentina. Por eso yo citaba el caso de España, del mismo modo que podría hablar de Italia, de Alemania, de los Estados Unidos, o de cualquier país de América Latina hoy en día: en todas partes nos encontramos con esta apatía, con este repliegue, con esta cosa que pasa por pragmatismo y que consolida el poder de los grupos dominantes en la medida en que no se elaboran ni discuten al-

ternativas. Cuando Sourrouille era ministro de economía, el desafío permanente del gobierno era "nuestra solución es la única válida; si tienen otra, propónganla"; y ahora Cavallo dice exactamente lo mismo. Pero esto no pasa sólo acá, pasa en todos lados. Entonces me parece que es el testimonio, efectivamente, no de una conjura sino de un cambio de época.

¿Adónde nos puede llevar esto? Yo creo que a un largo período de transición. Porque, por definición, en tales períodos no hay tendencias absolutamente dominantes. Para citar otra vez a Gramsci, él prevenía sobre esos grandes períodos históricos que pueden no hacer época. Creo que es una de las grandes posibilidades que existen.

Pesimismo de la inteligencia entonces, y optimismo de la voluntad. En otras palabras, yo soy bastante optimista y estoy muy deseoso de que demos vuelta las cartas de este proceso y de que empecemos a construir otro. Pero creo que para hacerlo resulta importante tomar conciencia del lugar donde estamos parados. Y que no estamos simplemente ante una equivocación, ante un error de tal o cual dirigente; que no se trata sólo de ir a tocar el timbre de las casas para que la gente salga porque uno le trae el discurso más racional o más accesible. El problema es mucho más general, en la medida en que la visión ideológica de la vida está en retroceso en todos los campos y que este retroceso tiene que ver con fenómenos orgánicos y no meramente coyunturales.

¿Si no existen espacios para líderes carismáti-

cos, ¿cómo se explica el fenómeno Menem, Collor, Fujimori?

NUN: La respuesta es muy sencilla pero la quiero fundamentar brevemente, porque si no sonaría demasiado obvia. Yo no creo que ni Menem, ni Collor, ni Fujimori sean líderes carismáticos. Es cierto, la palabra “carisma” se ha degradado terriblemente. Un jabón de tocador convierte a quien lo usa en carismático. Las estrellas de cine son carismáticas. Este no era, obviamente, el sentido riguroso que tenía la noción.

En lo que estaba pensando al decir eso, era en que hay dos tipos de carismas que me parecen los propios de la época moderna y contemporánea. Uno es el carisma heroico, en que se considera dotado de poderes excepcionales a alguien que por medio de hazañas determinadas demostró su metal. Es el caso típico de De Gaulle como líder de la Resistencia Francesa. La figura heroica. Esta figura heroica tiene cada vez menos lugar en el mundo de hoy, bien que las cosas sigan como hasta ahora.

En realidad el carisma más típico de la época moderna es el carisma de responsabilidad, propio de la época dominada por las ideologías. Carisma de responsabilidad quiere decir que no se elige o no se opta por un determinado líder porque se lo considere con poderes sobrenaturales, absolutamente excepcionales, sino porque se lo supone en mejores condiciones de representarnos. Precisamente lo propio del carisma de responsabilidad es que es anterior, digamos, a la crisis actual de representación que vivimos.

Tomemos el ejemplo de Perón —y estoy junto a uno de los mayores especialistas en el tema. Resulta muy importante tener en cuenta cómo Perón construye las condiciones de recepción de su discurso, desde la Dirección de Trabajo primero, y desde la Secretaría de Trabajo, después, instalado como estaba desde un gobierno militar de derecha, del que después va a tener que diferenciarse, y dirigiendo este discurso a representantes sindicales que en el inicio eran

muy desconfiados por más que él irá creando gremialismos paralelos.

A Perón no se le otorgó un cheque en blanco, era el líder, el que mejor representaba —o así se consideraba— los intereses. Hay una suerte de pacto entre el público y el dirigente. Esto supone una potencia del público, que —como dije— es lo que el retroceso de las ideologías adormece gravemente. En ese sentido, me parece que ésta no es época de liderazgos carismáticos, resulta muy difícil encontrarlos en el mundo. Bueno, llamar a Collor de Melo líder carismático era un chiste. Fujimori francamente tampoco me parece, salvo que esté haciendo caso de las encuestas, las que se hicieron ayer, y que habrá que evaluar en 10 o 15 días. Porque me recordaba un amigo peruano que después de la masacre de 1986, bajo Alan García, cuando mataron a más de 200 y algo de detenidos, al día siguiente se hizo una encuesta y, efectivamente, el 70% estaba de acuerdo con lo que había ocurrido. Pero se repitió la encuesta 15 días después, una vez que la gente estaba informada —y la población peruana, en este momento no tiene información, no conoce, por ejemplo, la repulsa internacional que ha provocado el golpe— y los resultados avalaron con un 70% de rechazo lo que había pasado en el penal. En definitiva, no me parece que sean dirigentes carismáticos. Menem tiene poco de carismático y, tal vez, la historia próxima sirva para darme la razón.

La exposición me recuerda a los románticos que sólo percibían la decadencia de Occidente. Si esa visión es la del rechazo de las ideas de modernización, ¿cuál sería la necesidad de preguntarse algo, para qué y sustentados en qué debiéramos preguntarnos algo?

NUN: Sobre la primera parte, yo diría no. Los románticos, en realidad, constituyen una expresión de la gran potencia del sujeto; son propios de la era ideológica. Acerca de la decadencia de Occidente, no me pondría triste la com-

paración en la medida en que Splenger está escribiendo, efectivamente, en un mundo en que había muchas razones para advertir esa crisis brutal que significó la Primera Guerra Mundial para cualquier idea de progreso. Digo, una carnicería que no estaba inscripta en ninguna lógica de la Modernidad. ¿Y desde dónde se puede preguntar algo, para qué y sustentados en qué? Se puede preguntar algo desde el lugar donde estamos situados, por eso, la idea del Horizonte popularizada por un filósofo alemán, Gadamer, y que tiene que ver con algo que decía Luna y a lo que yo le haría una nota al pie de página. Gadamer introduce la idea de "horizonte". Uno sólo puede hablar situado en un punto determinado y, en ese punto determinado, también se tiene un horizonte determinado. Uno se mueve y cambia el horizonte. ¿Cómo se hace Historia en estas condiciones? Bueno, evidentemente, no es tratando de ponerse en el horizonte del otro, porque ésta es una tarea imposible, sino buscando —dice Gadamer— una "fusión de horizontes", vale decir, no perdiendo en ningún momento conciencia del propio horizonte, pero tratando de entender el horizonte del otro y, de esa manera, intentando establecer una conversación fructífera. El punto desde donde se pueden hacer preguntas es el punto donde estamos situados, y desde el cual hacemos esta crítica a la Modernidad.

Es evidente que Félix Luna ve en los movimientos sociales la posibilidad de un futuro con signo positivo. En tu visión (es decir la mía) ese signo no es tan positivo, ¿cómo ves el papel que juegan los movimientos sociales en esta realidad que nos toca vivir?

NUN: Si por algo se definen los movimientos sociales es por el intento de redefinir, de reconstituir las reglas de la sociabilidad, en la perspectiva o las áreas en que operan. La emergencia de movimientos sociales es característica de este período posmoderno. Es absolutamente importante, pero impide repensar la situación actual

en términos de una reunificación, de una totalidad que se va reconstituyendo. Porque los movimientos sociales, o son absorbidos por partidos políticos y se desnaturalizan como tales, o permanecen con una potencia por lo menos en germen de transformación, y no se observa que esta potencia de transformación conduzca a unificaciones.

Tendría yo la salida muy cómoda, que no me quiero dar sino retóricamente, de decir que los movimientos sociales mismos están en crisis. Es decir, el gran día del movimiento feminista, por ejemplo, ha dado lugar a una fragmentación considerable. Al igual que el gran día del movimiento verde, ya que en todas partes los movimientos ecologistas están divididos, justamente por la pesadez de la sociedad en que actúan. Entonces yo digo no, hay que apostar a los movimientos sociales, pero teniendo conciencia, otra vez, de los límites.

¿Qué piensa de la propuesta de Félix Luna sobre la insalubridad del pesimismo, y ello teniendo en cuenta la salud de los pobres y el compromiso de los intelectuales?

NUN: Yo creo que contarles a los pobres una Historia optimista en este momento es de una crueldad infinita. Me parece que viola todo compromiso de los intelectuales decirles que se queden sentados, esperando porque nosotros sabemos hacia dónde marcha la Historia y que, a su debido tiempo, van a tener parte del pastel. A mí me parece que es desmedidamente cruel y absurdo plantearse esto en estos términos. Yo creo que es insalubre el pesimismo como prejuicio, como actitud. Ahora, un pesimismo que se deriva de la lectura de los datos y de una indicación de que por este camino no se va a esa meta, me parece que más que pesimismo, es una posición crítica, y que ella es saludable para los pobres.

¿La historia del presente tiene futuro?

H. GONZALEZ: La potencialidad de la histo-

ria presente es una buena oportunidad para aclarar la idea de lo trágico. No quiero abandonar la idea —si me permiten la expresión— de lo neo-trágico, porque me parece constructiva y lleva a una nueva idea de política en la Argentina. Supone la historia privada, la pluralidad de presentes, la discusión y rediscusión de alternativas, es decir, supone parlamento, la articulación infinita de voces.

La idea de lo nuevo-trágico, de lo democrático con lo trágico, supone efectivamente una novedad y permite reconstituir frentes políticos y sociales en la Argentina y vidas militantes, entendidas no como ataduras a posiciones orgánicas sino como reflexión sobre la vida y sobre el cambio de las sociedades y el cambio personal.

La idea de lo trágico-democrático es carismática y puede entenderse como historia presente, como un corte con la vida cotidiana, imposibilidades de vuelta a la vida cotidiana. Porque esta idea es, ni más ni menos, que el otro nombre que recibe la idea de la libertad. Y sin libertad no hay compromiso político. Sin libertades personales ni vida privada no puede haber compromiso político. Así, esta posibilidad de contar la Historia en el presente, se constituye en un horizonte de aprendizaje de la sociedad argentina. Es una historia que supone la pluralidad de alternativas y la posibilidad de elegir libremente el relato del pasado, los caminos colectivos. Sería irresponsable hablar de presente si no hablásemos de una Historia que es siempre quebradiza, y que solicita, inevitablemente, nuestra responsabilidad. Y nuestra responsabilidad es una forma de lo carismático, también; una forma del compromiso y de la excepcionalidad. Esto, para los que aún no perdieron de vista la posibilidad de la política. Y como creo que es el caso de los que están reunidos esta noche, ésta es la idea de la reunión, como reunión política, que supone el máximo ejercicio de repensar nuestras vidas. De lo contrario, no sólo no habrá política, sino que habrá nue-

vamente en la Argentina y en América Latina, la acechanza de nuevas dictaduras y nuevas formas de la infelicidad pública. Me parece que la idea de la Historia del Presente tiene esa carga de responsabilidad. Rehacer vidas militantes y rehacer posibilidades de intensidad para la democracia.

Acerca del Patriotismo Constitucional.

H. GONZALEZ: También aprovecho para decir muy brevemente: si pensamos en Mayo de 1810 o en Mayo de 1973, ningún patriotismo, tal como nos evocan esas fechas, esos episodios se referían a las Constituciones, eran patriotismos agónicos no constitucionales. El estadio "constitucional" de patriotismo, de algún modo, se consideraba que lo desmerecía. De algún modo, el patriotismo es una entidad siempre abierta a una historia que lo amenaza. Por eso, la idea del patriotismo que heredamos no es una idea del patriotismo constitucional. Me da la impresión de que la idea de patriotismo constitucional se adecua a las formas amplias de acuerdo político hoy dominantes de la política europea. En parte, porque no existen políticas nacionales que —como dice Nun— los movimientos verdes o los movimientos ecologistas reciban esa misma solicitud, una historia que se quiebra demasiadas veces. Hay que pensar tanto las constituciones en la Argentina como una nueva Constitución, con un debate que debe ser todo lo profundo que seamos capaces de encarar y, al mismo tiempo, rechazar las formas con que se nos invita a debatir la Constitución en términos tan precarios, por decir lo menos que caracteriza los términos de todo lo que hace el Gobierno Nacional.

La idea de patriotismo constitucional está tan poco habilitada para dar cuenta del compromiso político, como la idea del patriotismo. Por eso, es necesario multiplicar la diversidad de épicas. Una épica es una Patria.

Si insistimos en la forma políticamente democrática, y en una forma lo menos mitológica po-

sible, esa idea de Patria, al mismo tiempo que tiene que revisar todas las producciones sociales anteriores de la Nación Argentina, para llamarla así desde Mayo de 1810 hasta hoy, tiene que democratizarla en nuestras vidas, y la Patria se convierte en una categoría épica. Eso para los que no quieren abandonar esa idea alrededor de premisas éticas. En ese sentido, no me parece afortunada la idea de Patriotismo Constitucional, pero tampoco la idea de patriotismo sin más, sobre todo cuando está asociada a napoleones, a carismas entendidos de la forma oportunista y torpe en que habitualmente se lo ha entendido en la Historia Argentina. Son momentos de gran renovación. Son momentos de gran exigencia para nuestras vidas. Son momentos para pensar todos los conceptos que heredamos.

El progreso avanza, la Historia avanza también, pero ¿no es utópico el querer guiar a la Historia por un buen camino? En suma, ¿cuál es la alternativa que existe?

F. LUNA: Tengo que contestar: "esto no es de mi incumbencia". Yo soy un historiador. Trato de buscar en el pasado ciertas claves que me expliquen un poco el presente y que contribuyan a mejorar el presente. En última instancia, la Historia, me parece, sirve para eso. Se ha dicho que: "Si no sirviera para nada, la historia serviría para entretener". Yo creo que no es así exactamente. La Historia, fundamentalmente se hace para entender mejor lo que ha ocurrido en el pasado y, en consecuencia, habilitamos para entender mejor nuestro presente. Exagerando un poco y coincidiendo con Horacio y lo que ha dicho recién, yo creo que la Historia se hace para mejorar la Democracia, para equivocarse menos, para poder optar mejor, para poder usar mejor los mecanismos a nuestro alcance a fin de disfrutar una determinada calidad de vida y de convivencia.

Pero yo no puedo saber cuál es la mejor alternativa. Además, sería totalmente omnipotente

decir, "yo como historiador planteo tal alternativa". Lo que creo sí, como historiador, y repito lo que dije antes y me alegro de coincidir con Nun, es que estamos viviendo tiempos muy turbulentos, muy ambiguos, probablemente de transición, donde no sabemos si una serie de líneas anteriores están agonizando pero perturbaban todavía bastante y donde no se observa apertura de líneas nuevas todavía con demasiada definición.

Yo creo en el ser humano. Creo en la naturaleza humana. Creo en la posibilidad de ir modificando y mejorando las formas de vida y de convivencia de mi país, por supuesto, pero también de la Humanidad; se han dado pasos gigantescos en ese sentido y no nos hemos dado cuenta del avance de este siglo. Por ejemplo, nos golpean y nos invaden los subproductos negativos de esos avances. Entonces, claro, esos espectáculos tristes que Nun nos ha descripto son reales. Pero no sabemos si no constituyen el principio de una reacción de las sociedades organizadas frente a estas megalópolis deshumanizadas.

A lo mejor resulta el prólogo de un tipo de sociedad más repartida, con más contacto con la naturaleza, donde los medios de comunicación actuales, que hacen que sea innecesario vivir en un lado o en otro, permitan al hombre realizar sus tareas sin moverse de un pequeño entorno de dimensión humana.

Estamos viviendo cosas tan complicadas donde lo nuevo y lo viejo se entremezclan: donde lo viejo malo genera subproductos en apariencia permanentes, y donde lo bueno nuevo no despunta todavía con definición. No podemos saber si existe alternativa y, si existe, ¿cuál es? Lo único que yo puedo hacer como historiador es registrar que la Humanidad, incluso la Argentina, ha avanzado en sentido positivo. En mi país existe: una política que no existía hace 30 años, una conciencia de los problemas que no existía hace 30 años, una responsabilidad en los ciudadanos y una valoración de la democra-

cia que no existían hace 30 años. Me acuerdo en los años '60, cuando todo el mundo apostaba a la Revolución Nacional. O los años '70, cuando la violencia era el único modo para transformar el país. Eso está todo terminado.

Entonces yo no sé cuál sea la alternativa. Lo que sé es que hemos crecido y hemos avanzado. No hay ningún hecho importante que me haga pensar que estamos yendo hacia un camino de infortunio, etc. Nada me autoriza a pensar, tampoco, que vamos hacia un camino mucho mejor, pero en la opción me quedo con esto. Por lo menos me da la voluntad de seguir viviendo, de seguir trabajando, tratando de entender, de seguir transmitiendo la comprensión que pueda tener yo del pasado y de mis compatriotas. Nada más que eso.

Aceptando que además de determinaciones en la Historia hay también contingencias o factores no previsibles, ¿qué contingencias o imprevistos surgieron en la Argentina desde la segunda mitad de los '70 en adelante, dictadura militar y reestructuración regresiva de la sociedad? ¿Qué cosas no previstas derrumbaron la posibilidad de cambio en las décadas anteriores?

J. NUN: Déjeme comenzar por una mención que tiene que ver con el cambio de época en las Ciencias Sociales. Durante muchos años nosotros estuvimos acostumbrados a trabajar con la idea de que las sociedades eran sistemas mecánicos, por lo tanto, todo el arsenal de metáforas: fuerzas sociales, motores de la Historia y demás que llevaban, justamente a la idea de determinismos, de que era posible encontrar leyes objetivas y que entonces la razón podía descubrirlas y preverlas. Hoy en día los aportes, particularmente de las matemáticas, han llevado a un replanteo de todo esto y a tratar de entender a la sociedad como un sistema complejo. Y lo propio de los sistemas complejos es que son imprevistos. Como dije antes, no existen factores estadísticamente significativos controlables que

sean socialmente relevantes o determinantes.

En la actualidad, la gente que está trabajando en esto no ha renunciado a tratar de descubrir una lógica subyacente a la contingencia. Estamos en el replanteo de las certidumbres que teníamos sobre los determinismos sociales. Entonces hay que trabajar mucho. No es que alguien desde un lugar de saber supuesto, viene y dice: "Uds. están sujetos a las contingencias". En este momento la incertidumbre es propia del campo de las Ciencias Sociales y no sólo de éste.

Bueno, para bajar de ahí al campo de las contingencias o factores no previsibles, yo creo que son inmensas en la historia argentina reciente. Es un lugar común decir que hay 4 tipos de países en el mundo: los del Primer Mundo, los del Tercer Mundo, Japón y la Argentina. El gran enigma argentino para los analistas contemporáneos reside justamente en esas cosas que no "pegan" en términos de previsiones, "no cierran". Si uno habla, no sólo de la segunda mitad de los años '70, ¿quién podía prever que Perón se iba a casar con Isabelita, que Isabelita iba a venir a la Argentina, e iba a llevar a López Rega a España; quién podía creer que López Rega lo iba a "empaquetar" a Perón, que Isabelita iba a ser candidata a vicepresidenta?, que levante la mano el que podía. Yo me acuerdo del desconcierto que invadió a toda la sociedad argentina cuando llegó de Madrid la noticia de que la candidatura a la vicepresidencia sería ocupada por Isabelita. Esto no se lo imaginó nadie. No se lo imaginaron los Montoneros ni los sindicalistas. Existen tantas contingencias como, por ejemplo, la misma crisis de la Deuda Externa. ¿Cómo se podía prever, desde la Argentina, el ascenso de Reagan? ¿Cómo se podía haber previsto la suba espectacular de las tasas de interés ocurrida en los EE.UU. y que afectarían demoledoramente la situación externa argentina ya que nuestro país había contratado préstamos a tasas flexibles y fluctuantes cuando estas últimas eran muy bajas en la década del

80? ¿Se puede acusar de qué? ¿De imprevisión? Bueno, pero de eso estoy hablando. Imprevisibilidades.

F. LUNA: Un futurólogo profesional como fue Heriberto Kan, el profeta del futuro en los años 60, escribió un libro definiendo más o menos cómo iba a ser el mundo en los siguientes años. Pero se olvidó de incluir, por ejemplo, algo que incluso no era demasiado difícil de prever, como es la suba de los precios del barril de petróleo, que cambió realmente la historia de la humanidad.

J. NUN: Exactamente. Lo que me parece importante para tener en cuenta es que uno es un factor en la historia, y esto tiene que ver con otra pregunta. En buena parte, entre las contingencias de la Historia se incluye lo que podemos hacer. Y lo que será contingente para unos, será previsible, seguramente, para otros.

¿La muerte de las ideologías también lleva implícita la muerte de las libertades y de las culturas? ¿Qué piensa Ud. acerca del fracaso y de las consecuencias no deseadas del progreso y la Razón todopoderosa de dicha teoría? ¿Refleja la realidad o inventa otro colchón que amortigüe su propio fracaso?

F. LUNA: Quisiera insistir sobre una cosa que seguramente dije mal. Descreo del fin de las ideologías, justamente en tanto es presentado como muerte de las ideologías. Traté de insistir en que: la versión ideológica es un componente de la conciencia moderna, que ella es inerradicable, que de lo que se trata es saber cuándo un elemento es dominante, cuándo retrocede o no. Porque la visión ideológica está acá. ¿Quién de Uds. descreería de que es posible buscar, intentar una explicación racional de la realidad para fundar en términos de ella un proyecto de acción? Eso es parte de nuestro bagaje cultural. Lo que pasa es que hay momentos históricos, que es lo que estaba intentando decir, que esto halla un camino muy difícil en la historia con-

creta. De manera que se golpean puertas que no se abren. Desde este punto de vista creo que refleja la realidad. Que las ideas de progreso vuelvan a tener el lugar que tuvieron en los últimos 300 años es algo de lo que yo no puedo darme cuenta. Desde mi perspectiva, con mi horizonte limitado digo que no va a volver a ser así, y esto es lo que, me parece, marca un cambio profundo de época.

¿El curso de los acontecimientos históricos no está determinado por la actividad de minorías?

J. NUN: Yo creo que depende de la perspectiva que adopte el que lee la Historia. Si uno imagina, por ejemplo, el período que se abre con la Revolución Francesa, bueno, ese es un período de gran crisis orgánica que se cerrará en Francia con la Tercera República. Este largo proceso cubre un siglo, en el cual el papel de las masas y el de las minorías fue importante. Son niveles diferentes de acción y si fuera el caso hacer una evaluación general, uno diría que cuanto más corto es el plazo que se analiza más relevante aparecen el papel de las minorías. Pero esto es absolutamente opinable. Cuanto mayor es el plazo, el papel de las minorías se matiza considerablemente, incluso en términos del origen del reclutamiento de esas minorías. Pero como digo da para otra discusión.

¿En su taller de forja, cuál es el papel de los que trabajan haciendo el mundo?

F. LUNA: Todo el lugar. Al decir trabajo entiendo que el que pregunta no se refiere sólo a aquellos que trabajan con sus manos sino a los que crean, los que tratan de entender la realidad, los que crean los pensamientos, etc. Bueno si eso no existe no hay mundo. Seríamos un rebaño. De modo que dentro de todo taller, dentro de todo espacio donde se elabora algo con pretensiones de ser orgánico y de ser permanente aquel que trabaja es fundamental. Y esto me resulta obvio. Muy bien, yo terminé.

Pregunta 12: ¿Cuál es, para Ud., la validez de este encuentro, ante la fragmentación que el poder ejerce en la sociedad?

H. GONZALEZ: Lo que digo de este encuentro se puede extender a cualquier tipo de encuentro. Descreo de las pedagogías y de las didácticas. Descreo de las pedagogías y no me parece aconsejable la mayoría de las didácticas que conozco. En general, hacen del encuentro formas útiles pero muy inmediatas del aprendizaje. Más bien prefiero encuentros con formas del shock, formas de la diversidad de preguntas no bien respondidas y de las vaguedades que fatalmente nos albergan. Prefiero este tipo de encuentros que después permiten el recuerdo que nunca es vago, las memorias que nunca son in-

ciertas, aunque ciertamente tienen la forma de lo individual la mayoría de las veces, porque así sí aparece una forma pedagógica poderosa que es la recordación de los encuentros.

Creo que hacemos encuentros para no perder después con los años el aroma de lo que hicimos, el aroma que nos permite establecer cierta continuidad de una historia. Somos fatalmente hijos de los presentes que constituimos. Y esos presentes tienen esa capacidad de dejar que manen formas del recuerdo; ésa es una gran pedagogía. Hacemos estos encuentros para poder recordarlos como la política que hacemos y la política que nos espera. En ese sentido me parece que tienen una gran validez, pero digo aún más: tendrán una gran validez. Nada más.

composición, armado e Impresión:
el porteño producciones gráficas - colpayo 79 p.b. 1 - tel. 901-8731

INSTITUTO DE ESTUDIOS SOBRE ESTADO Y PARTICIPACION



Av. Belgrano 2527 - 1096 Capital Federal
Tel.: 942-4575 / 4586 / 4685 - Fax: (00541) 943-4468

